

Literatos cristianos

repositorio.lasalle.mx/handle/lasalle/

No. 22, 1996, oct, pp. 91-93

Vera humanitas. Revista de la Dirección de Humanidades

ISSN

DOI

ISSN

Handle
repositorio.lasalle.mx/handle/lasalle/

ENLACES

repositorio.lasalle.mx/handle/lasalle/

ORCID:

Licencia de Atribución Creative Commons 4.0

CC BY 4.0



Este documento se puede descargar y compartir con otras personas, siempre que se reconozca su autoría.

Literatos cristianos

Giovanni Papini

Padre Nuestro

Los Apóstoles pidieron a Jesús una oración. Habíales dicho a todos que rezasen oraciones cortas y secretas. Pero no se contentaban con las recomendadas por los tibios sacerdotes librescos del Templo. Querían una oración propia que fuese como el distintivo de los que seguían a Jesús.

Jesús en la Montaña enseñó por primera vez el Padre Nuestro. Es la única fórmula de oración que ha aconsejado Jesús. Una de las oraciones más sencillas del mundo. La más profunda de cuantas se levantan de las casas de los hombres y de Dios. Una oración sin literatura, sin pretensiones teológicas, sin jactancia y sin servilismo. La más hermosa de todas.

Pero si el Padre Nuestro es sencillo, no todos lo entienden. La secular repetición, mecánica repetición de la lengua y de los labios, la repetición milenaria, formal, ritual, desatenta, indiferente, ha hecho de él una sarta de sílabas cuyo

sentido primitivo y familiar se ha perdido. Releyéndolo hoy palabra por palabra, como un texto nuevo, como si lo tuviéramos por primera vez ante la vista, pierde su carácter de vulgaridad ritual y florece en su primera significación.

Padre Nuestro Luego hemos venido de Ti y como a hijos nos amas: de Ti no recibiremos ningún mal.

Que estés en los Cielos· En lo que se contrapone a la Tierra, en la esfera opuesta a la Materia, en el Espíritu, por tanto, y en aquella parte mínima, y con todo eterna del reino espiritual, que es nuestra alma.

Santificado sea tu nombre: No debemos adorarte únicamente con las palabras, sino ser dignos de Ti; acercarnos a Ti con amor más fuerte. Porque Tú ya no eres el vengador, el Señor de las Batallas, sino el Padre que enseña la bienaventuranza en la paz.

Venga a nos el tu Reino· El Reino de los Cielos, el Reino del Espíritu y del Amor, el del Evangelio.

Hágase tu voluntad, así en la Tierra como en el Cielo: Tu ley de Bondad y de Perfección domine en el Espíritu y en la Materia, en todo el universo visible e invisible.

El pan nuestro de cada día dánoslo hoy

Porque la materia de nuestro cuerpo, morada del espíritu, tiene todos los días necesidad de un poco de materia para mantenerse. No te pedimos riquezas, que suelen ser estorbo pernicioso, sino tan sólo aquello poco que nos permita vivir para hacernos más dignos de la vida prometida. No sólo de pan vive el hombre, pero sin ese pedazo de pan, el alma, que vive en el cuerpo, no podrá nutrirse de las demás cosas más preciosas que el pan.

Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores: Perdónanos, pues nosotros perdonamos a los demás. Tú eres nuestro eterno e infinito acreedor: nunca podremos pagarte. Pero muévate el que a nosotros, por nuestra naturaleza enferma, nos cuesta más condonar una sola deuda a uno solo de nuestros deudores, que a Ti el cancelar todo lo que debemos.

Y no nos dejes caer en la tentación: Somos débiles, enligados todavía en la carnalidad, en este mundo, que, a veces, nos parece tan bello y nos llama a todas las molicies de la infelicidad. Ayúdanos para que nuestra mutación no sea

demasiado dificultosa y combatida y nuestra entrada en el Reino no sufra dilaciones.

Mas libranos del mal: Tú, que estás en el Cielo, que eres Espíritu y tienes poder sobre el mal, sobre la materia irreductible y hostil que por doquier nos rodea y de la que no es siempre fácil desarraigarse; Tú, adversario de Satanás; Tú, negación de la materia, ayúdanos. En esta victoria sobre el mal -sobre el mal que siempre vuelve a retoñar, porque no será de veras vencido sino cuando todos lo hayamos vencido- está nuestra grandeza; pero esa victoria decisiva será menos lejana si nos socorres con tu alianza.

Con esta petición de ayuda termina el *Padre Nuestro*. Donde no se advierte la fastidiosa adulación de las plegarias orientales, adornadas de elogios y de hipérboles que parecen inventadas por un perro que adora a su amo con su alma canina, porque le permite existir y comer. Ni se encuentra la súplica lamentosa, quejumbrosa, del salmista que implora de Dios todos los socorros, y con más frecuencia que los espirituales los temporales, y se queja si la cosecha no ha ido bien, si sus conciudadanos no le respetan, e invoca plagas y saetas contra los enemigos, a quienes no sabe vencer por sí solo.

Aquí el único elogio es la palabra *Padre*. Una alabanza que es una obligación, un testimonio de amor. A este Padre no se le pide otro bien temporal que un poco de pan - dispuestos a ganarlo con el trabajo, porque también el anuncio del Reino es un trabajo necesario, y se pide, además, el mismo perdón que concedemos a nuestros enemigos; una válida protección, en fin, para combatir el mal, enemigo común a todos opaca, muralla que nos impide la entrada al Reino.

Quien reza el Padre Nuestro no es orgulloso, mas tampoco se rebaja. Habla a su Padre con el íntimo y plácido acento de la confidencia, casi de igual a igual. Está seguro de su amor y sabe que el Padre no ha de menester de largos discursos para conocer sus deseos. "Vuestro Padre -advierte Jesús- sabe lo que habéis menester antes que se lo pidáis". La más bella de todas las oraciones es también recuerdo cotidiano de lo que nos falta para ser semejantes a Dios.